

DESDE BIZANCIO HASTA CÓRDOBA: OROSIO, APIANO Y LA *CRÓNICA DEL MORO RASIS*

ROBERTO MATESANZ GASCÓN

La influencia cultural ejercida por Bizancio sobre los principales Estados de la España medieval ha sido objeto de reiterados estudios.¹ Pero, en general, se ha tendido a privilegiar el examen de la documentación y el contexto peninsular, prestando menos atención a su correlato bizantino. En parte, como resultado de la inexistencia en nuestro país de una sólida tradición de estudios históricos sobre Bizancio. Ya que, en mayor o menor grado, la bizantinística, en España, ha sido ante todo cultivada por especialistas en filología griega, y no tanto por medievalistas.²

¹ Una bibliografía de conjunto puede consultarse en BRAVO GARCÍA, Antonio, «Bizancio y España. Hitos en una relación de siglos», en Anthony N. Zahareas y Yangos Andreadis (eds.), *Grecia en España, España en Grecia. Hacia una historia de la cultura mediterránea (Primer Congreso Internacional, Atenas, Grecia, 14-17 de diciembre de 1996)*, Madrid, 1999, pp. 45-56. En lo que atañe de manera específica a las relaciones diplomáticas y culturales mantenidas entre Bizancio y el Califato cordobés, contexto del presente trabajo, cabe mencionar, entre los más recientes, los siguientes estudios: MARTÍN FERNÁNDEZ, Francisco Javier, «Las relaciones diplomáticas y el derecho de embajada entre Córdoba y Bizancio (siglos IX-XI)», *Axerquia*, 6, 1983, pp. 85-97; WASSERSTEIN, David J., «Byzantium and Al-Andalus», *Mediterranean Historical Review*, 2, 1987, pp. 76-101; ROLDÁN CASTRO, Fátima, DÍAZ MACÍAS, Pedro, DÍAZ ROLANDO, Emilio, «Bizancio y al-Andalus, embajadas y relaciones», *Erytheia*, 9, 2, 1988, pp. 263-283; SIGNES CODOÑER, Juan, «La diplomacia del libro en Bizancio. Algunas reflexiones en torno a la posible entrega de libros griegos a los árabes en los siglos VIII-X», *Scrittura e Civiltà*, 20, 1996, pp. 153-187; CUTLER, Anthony, «Constantinople and Cordoba: Cultural Exchange and Cultural Difference in the Ninth and Tenth centuries», en M. Morfakidis y M. Alganza Roldán (eds.), *La religión en el mundo griego de la Antigüedad a la Grecia moderna*, Granada, 1997, pp. 417-436.

² Se ha llegado a afirmar que para estos últimos el Estado bizantino ha representado un ámbito de estudio distante, periférico y, en última instancia, poco atractivo. Véase, por ejemplo: FACI LACASTA, Javier, *Introducción al mundo bizantino*, Madrid, 1996, p. 7; BRAVO, Antonio, *Bizancio. Perfiles de un Imperio*, Madrid, 1997, p. 5; CABRERA, Emilio, *Historia de Bizancio*, Barcelona, 1998, pp. 9-10.

Puede decirse, por tanto, que las relaciones entre los ámbitos bizantino e hispano se han examinado desde una perspectiva más bien unilateral. En ciertos casos, la adopción de este enfoque no ha oscurecido de manera sustancial los problemas acometidos. Pero en otras ocasiones, la desatención hacia el pertinente contexto bizantino parece haber limitado las posibilidades de adquirir una visión más precisa sobre algunos aspectos de la historia cultural hispana.

En el célebre episodio de la embajada bizantina enviada al califa cordobés Abderramán III hacia el año 949 d. C., se dan ambos casos. El examen del contexto bizantino coetáneo no altera lo que conocemos sobre la recepción en Córdoba de un ejemplar de Dioscórides. Pero sí permite acotar con mayor precisión lo que se refiere al supuesto envío de un ejemplar de las *Historias* de Orosio.

Tenemos noticia de la existencia de esta misión diplomática gracias al médico cordobés Ibn Yulyul.³ Según este, en el año 337 de la Hégira (948–949 d. C.) llegó hasta Córdoba una legación enviada por el emperador bizantino Armaniyus (Romano), la cual portaba valiosos presentes para el califa cordobés, a la sazón Abderramán III. Entre los regalos se contaban dos libros: un ejemplar de la *Materia médica* de Dioscórides, escrito en griego y magníficamente iluminado, y un ejemplar de las *Historias* del escritor latino Paulo Orosio.

La legación también portaba una carta del emperador bizantino. En la misma se señalaba al califa cordobés que para sacar el máximo partido al Dioscórides era necesario contar con expertos en la lengua griega y con eruditos que conocieran las propiedades de las drogas mencionadas en la obra.⁴ En lo tocante al libro de Orosio, el emperador escribía al califa que como este tenía, en sus Estados, latinos que podían leer el libro en su lengua original, estos podían traducírselo si así lo deseaba.

³ Diversos autores reproducen por extenso la narración de Ibn Yulyul, que fue recogida por Ibn abi Usaybi'a. Véase: MEYERHOF, Max, «Esquisse d'Histoire de la Pharmacologie et Botanique chez les Musulmans d'Espagne», *Al-Andalus*, 3, 1, 1935, pp. 1–41. VERNET, Juan, «Los médicos andaluces en el 'Libro de las generaciones de médicos' de Ibn Yulyul», *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1968, pp. 445–462. ARJONA CASTRO, Antonio, «La medicina cordobesa durante los siglos IX y X», *Axerquia*, 1, 1980, pp. 173–192.

⁴ Como el propio Ibn Yulyul refiere, la *Materia médica* ya era empleada por los médicos de al-Andalus con anterioridad, a través de la traducción realizada en Bagdad, en tiempos del califa abásida al-Mutawakkil (847–861 d. C.), por Istifan b. Basil, la cual fue corregida poco más tarde por el traductor Hunayn b. Ishaq (Ioannitius). Pronto, durante el reinado de Abderramán II (822–852 d. C.), la traducción de Istifan estaba disponible en al-Andalus; sin embargo, Istifan no tradujo al árabe todos los términos de la *Materia médica*, tan sólo aquellos que conocía, transcribiendo en su forma griega original aquellos cuyo significado ignoraba. Por ello el original griego recibido en Córdoba, así como la posterior llegada desde Bizancio de un traductor (un monje llamado Nicolás), permitieron tener un conocimiento más preciso de los remedios contenidos en el texto y de sus aplicaciones.

Un primer elemento de confusión en el relato de Ibn Yulyul atañe al remitente de la legación. En el año 949 d. C., el emperador bizantino era Constantino VII Porfirogéneto, no Romano I (depuesto en el año 944 d. C.), ni tampoco Romano II (959–963 d. C.). Una posible explicación para esta incongruencia es que Ibn Yulyul equivocó la fecha de llegada de los enviados bizantinos. En opinión de Luis Molina, el original de Orosio llegó antes del año 944, durante el reinado de Romano I. De esta manera se explicaría cómo pudo intervenir en su traducción Qasim b. Asbag, prestigioso erudito andalusí que poco después iba a perder la razón por su avanzada edad. Y también, frente a otras hipótesis, cómo la traducción árabe del Orosio pudo ser empleada por Ahmad al-Razi, antes del año 955 d. C., para componer su crónica sobre la historia de España.⁵

Pero resulta evidente que los problemas radican más en la problemática mención del envío de la obra de Orosio que en la asociación de un emperador llamado Romano con el año 949 d. C. Levi della Vida formuló una explicación bastante plausible para este último particular: la confusión pudo ser propiciada por el hecho de que en el año 945 Romano (II) había sido asociado al trono por su padre, Constantino VII.⁶ En efecto, tras la deposición de Romano I a manos de sus propios hijos en diciembre del año 944, Constantino VII apartó a estos del poder en enero del 945, y el 6 de abril de este mismo año (Domingo de Resurrección) asoció a la dignidad imperial al futuro Romano II. El *solidus* de oro bizantino, que en ocasiones porta, desde el año 945 d. C., la efigie de ambos emperadores, es prueba palpable de la nueva situación.⁷

⁵ Véase MOLINA, Luis, «Orosio y los geógrafos hispanomusulmanes», *Al-Qantara*, 5, 1984, pp. 63–92, aquí, pp. 66–71. La participación de Qasim b. Asbag en la traducción del Orosio es afirmada por Ibn Jaldún. En su edición de la versión árabe de las *Historias* de Orosio (*Ūrūsiyūs, Ta'rij al-Ālam*, Beirut, 1982), A. Badawī opta por atribuir la intervención en la traducción de la obra a otro Qasim b. Asbag, que vivió en época posterior, pero como señala Molina, esto no explica cómo al-Razi pudo emplear la obra antes del año 955 d. C. La exposición de estas y otras hipótesis puede verse en el estudio preliminar de: PENELAS, Mayte, *Kitāb Hurūsiyus (traducción árabe de las Historiae adversus paganos de Orosio)*, Madrid, 2001, pp. 27–42.

⁶ LEVI DELLA VIDA, Giorgio, «La traduzione araba delle Storie di Orosio», *Al-Andalus*, 19, 1954, pp. 257–293, aquí, p. 261, n. 2.

⁷ Como es sabido, el enérgico Romano I Lecapeno, *drungario* de la flota bizantina, ascendió hasta la cúspide del poder imperial aprovechando un momento de debilidad del Estado bizantino, que se veía presionado por sus enemigos externos. Romano logró ser nombrado coemperador de Constantino VII. Y el matrimonio de su hija Elena con el Porfirogénito le convirtió en su suegro. Al final de su reinado, Romano era el auténtico emperador bizantino, y Constantino una figura decorativa. De hecho, Romano intentó transmitir el trono a uno de sus hijos, muerto prematuramente. Cuando accede *de facto* al trono, en el año 945, Constantino VII cuenta con la adhesión popular, pero su posición era en ciertos aspectos la de un advenedizo. La inmediata concesión de la dignidad imperial a su hijo, el futuro Romano II, parece ser un recurso para

Aunque desde nuestra perspectiva historiográfica el reinado de Romano II abarque sólo los años 959–963, lo cierto es que para sus contemporáneos reinó, en una u otra manera, desde el año 945 d. C. Que Ibn Yulyul parezca conceder a este anodino soberano mayor importancia que a una personalidad como la de Constantino VII, puede derivarse, a mi juicio, de circunstancias personales. Nacido en el año 332 H. (943 d. C.), el joven cordobés entró en contacto con el círculo del monje Nicolás (el enviado desde Bizancio para aclarar a los eruditos andalusíes las dudas que generaba el Dioscórides) en una fecha incierta, pero en todo caso a ubicar en los años 961–962 d. C.⁸

Por tanto, es tras la muerte de Constantino VII cuando un Ibn Yulyul adolescente accede a un conocimiento de primera mano sobre las circunstancias que rodearon el envío del Dioscórides. Es decir, en un momento en que, nominalmente desde el año 945 d. C., el emperador bizantino es Romano II, que en esa época es emperador único. Aunque no tenemos elementos de juicio suficientes como para delimitar cuáles eran los conocimientos de Ibn Yulyul sobre la historia dinástica bizantina, parece probable que por esas fechas el cordobés indujera que la legación había sido enviada por Romano II.

Cabe reiterar, por tanto, que el problema principal que subyace en el relato de Ibn Yulyul no es tanto la fecha que reporta, como la noticia que proporciona sobre el envío de las *Historias* de Paulo Orosio desde Constantinopla. Puesto que por otras razones, algunas de las cuales ya se han señalado (*supra*), la posibilidad de que dicho envío se efectuara es bastante discutible, parece aconsejable examinar con mayor detenimiento su verosimilitud.

Como contrapunto previo, podemos centrarnos en lo que respecta al ejemplar de Dioscórides. Lo que conocemos del entorno bizantino concuerda bien con la noticia proporcionada por Ibn Yulyul respecto a esta obra. En efecto, en el siglo X d. C., el género de los tratados médicos renació en Bizancio.⁹ La conformación del *corpus* hipocrático tal y como lo conocemos, se inicia junto con esta centuria.¹⁰ Y es bastante verosímil que la confección de una especie de enciclopedia médica fuera patrocinada por Constantino VII, el presunto remitente del Dioscórides. Cuando menos, el Porfirogénito auspició la elaboración de extensos tratados médicos.¹¹ Además, en Constantinopla en

apuntalar la inestable situación de la repuesta dinastía. En general, véase OSTROGORSKY, Georg, *Historia del Estado bizantino*, Madrid, 1984, pp. 272–283.

⁸ Véase su relato en los artículos citados en la nota 3.

⁹ Sobre el desarrollo de la medicina bizantina en general, véase SCARBOROUGH, John, (ed.), *Symposium on Byzantine Medicine* (= *Dumbarton Oaks Papers*, 38, 1984).

¹⁰ IRIGOIN, Jean, «Tradition manuscrite et histoire du texte. Quelques problèmes relatifs a la Collection Hippocratique», *Revue d'histoire des textes*, 3, 1973, pp. 1–13.

¹¹ LEMERLE, Paul, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X^e siècle*, Paris, 1971, pp. 294–297. FELICI, L., «L'opera medica di Teofane nonno in manoscritti inediti», *Acta medicae historiae Patauina*, 28, 1983, pp.

particular y en el mundo bizantino en general, la obra de Dioscórides era bastante popular. Su contenido no atraía sólo a eruditos y a monjes retirados del mundo. También despertaba el interés de los practicantes de la medicina.

Podemos hacernos una idea de cómo pudo ser el códice enviado a Córdoba gracias al manuscrito *M 652* de la Pierpont Morgan Library (New York), ejemplar de la *Materia médica* escrito en una elegante letra minúscula y con riquísimas miniaturas de plantas y animales, confeccionado durante la primera mitad del siglo X d. C., probablemente en el entorno imperial.¹² Tras la derrota final del iconoclasmo, la iluminación de libros alcanzó en Bizancio unas cotas de virtuosismo muy elevadas, a las cuales no fueron extraños, ni mucho menos, los tratados médicos.¹³ En este sentido, el ejemplar de Dioscórides ornamentado con riquísimas ilustraciones que menciona Ibn Yulyul concuerda bien con las producciones características del «renacimiento macedónico».

De la misma manera, la advertencia del emperador bizantino de que para manejar el texto de Dioscórides se necesitaba de expertos en la lengua griega que conocieran las propiedades de las drogas en él mencionadas, es perfectamente coherente. Ibn Yulyul refiere cómo desde Córdoba se requirió a alguien que pudiera traducir del griego al árabe los nombres contenidos en la obra, ya que en la capital del Califato ningún cristiano sabía leer el griego antiguo.¹⁴ Sin embargo, es probable que el problema no fuera sólo lingüístico, o incluso, que no fuera principalmente lingüístico. Si no que se solicitara la presencia de alguien que tuviera conocimientos prácticos sobre cuestiones botánicas y terapéuticas.

Aquí, conviene distinguir entre el filólogo y el médico. En el siglo X d. C., muchos términos recogidos en la *Materia médica* carecían de una definición unívoca. En Bizancio los interesados en su contenido por motivos de aplicación práctica, solían confeccionar léxicos de uso privado para poder manejar sus compuestos. Se trataba no de filólogos, sino de médicos que tenían que manejar términos en desuso, que habían experimentado desplazamientos semánticos de

59–74. SONDERKAMP, Joseph A. M., «Theophanes Nonnus: Medicine in the circle of Constantine Porphyrogenitus», *Dumbarton Oaks Papers*, 38, 1984, pp. 29–41. WILSON, Nigel G., *Filólogos bizantinos, Vida intelectual y educación en Bizancio*, Madrid, 1994, pp. 203–207.

¹² DAIN, Alphonse, «La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète», *Dumbarton Oaks Papers*, 8, 1954, pp. 31–47. AGATI, Maria Luisa, *La minuscola «bouletée»*, Roma, 1992, pp. 270–271. Ligeramente posterior, quizás de inicios de la segunda mitad del siglo X d. C., es el *cod. 1885 (Q 75)* de la biblioteca del monasterio de Lavra, otro ejemplar de la *Materia médica* también ricamente ilustrado; véase RUDBERG, Stig Y., «Les manuscrits à contenu profane du Mont–Athos», *Eranos*, 54, 1956, pp. 174–185.

¹³ En general, véase WEITZMANN, Kurt, *Die byzantinische buchmalerei des IX. und X. Jahrhunderts*, Berlín, 1935.

¹⁴ Al parecer, el arabista César E. Dübler se mostraba escéptico con respecto a esta situación; véase VERNET, Juan, *art. cit.*, p. 447, n. 23.

distinta naturaleza, o a los que se habían añadido escolios y comentarios en ocasiones contradictorios. La experiencia personal y sobre todo la autoridad de otros tratadistas antiguos servían al médico practicante para matizar o esclarecer las afirmaciones de la *Materia médica*.¹⁵ Como se señalaba en la misiva imperial, el problema consistía no sólo en comprender la lengua griega, sino en disponer de alguien que tuviera un conocimiento específico de los remedios mencionados en el libro.

Frente a las abundantes y precisas noticias que Ibn Yulyul proporciona sobre la *Materia médica*, destaca lo escueto y desconcertante de sus indicaciones sobre la obra de Orosio supuestamente portada por la misma legación bizantina. Apenas se limita a mencionar que la misma estaba escrita en latín, siendo una historia de los acontecimientos pretéritos y de los antiguos reyes.

Aparte de concisa, la referencia a la obra orosiana es poco certera. No siendo imposible que un emperador bizantino enviara a Córdoba la obra de un historiador latino, ello es sumamente improbable. Aún es más problemático que Qasim b. Asbag, según Ibn Jaldún uno de los traductores del Orosio, pudiera acometer dicha tarea en el año 337 o con posterioridad a esta fecha, ya que por entonces, a muy avanzada edad, había visto mermadas de manera notable sus facultades mentales. Y abundando más en ello, es dudoso, por otra serie de razones, que en al-Andalus no se dispusiera de la traducción árabe de las *Historias* antes del año 337 de la Hégira.¹⁶ Por otro lado, algunas noticias que el médico cordobés menciona como extractadas de la traducción árabe del Orosio no proceden, en realidad, de dicha obra, sino de alguna fuente desconocida. Asimismo, los testimonios conservados de la traducción árabe de Orosio sugieren que los traductores trabajaron sobre un original latino de procedencia española.¹⁷

Este cúmulo de incongruencias ha intentado articularse de manera coherente mediante diversos expedientes.¹⁸ Levi della Vida formuló la hipótesis (casi, como mera no-imposibilidad) de que a mediados del siglo X d. C. se hubieran realizado en Córdoba dos traducciones de la obra histórica de Orosio: una a partir de un manuscrito español interpolado, y otra a partir de un

¹⁵ STANNARD, Jerry, «Aspects of byzantine *Materia Medica*», y RIDDLE, John M., «Byzantine commentaries on Dioscorides», *Dumbarton Oaks Papers*, 38, 1984, pp. 205–211 y 95–102, respectivamente.

¹⁶ MOLINA, Luis, «Orosio y los geógrafos hispanomusulmanes», *Al-Qantara*, 5, 1984, pp. 63–92, aquí, pp. 66–71.

¹⁷ Sobre este último punto, LEVI DELLA VIDA, Giorgio, «La traduzione araba delle Storie di Orosio», *Al-Andalus*, 19, 1954, pp. 257–293, aquí, p. 263; a este autor también le parecía muy improbable que la obra de Orosio no circulara por al-Andalus antes del año 337 H.

¹⁸ Una exposición reciente y completa de las diversas posturas mantenidas puede verse en el estudio preliminar de Mayte Penelas a su edición de la versión árabe. Véase: PENELAS, Mayte, *Kitab Hurusiyus (traducción árabe de las *Historiae adversus paganos* de Orosio)*, Madrid, 2001.

manuscrito bizantino también interpolado, aunque de diferente manera.¹⁹ El propio Levi della Vida no concedía mucha fe a esta posibilidad. A ello cabría añadir, tal vez, que ningún autor de los que mencionan las circunstancias que rodearon a la traducción señala un hecho tan singular. Si bien se trata de un argumento *ex silentio*, la impresión que se desprende de nuestras fuentes es que la traducción realizada en Córdoba fue una tarea única en su especie. Ninguna referencia se hace a que existiera más de una versión árabe de la obra del historiador latino.

Aquí también, toda la problemática nace de la aserción de que un ejemplar de las *Historias* orosianas fue regalado por un emperador bizantino al califa cordobés hacia los años 948–949 d. C. Ya que no sólo diversos motivos internos a la historia cultural de al-Andalus hacen esto bastante improbable, sino que lo que conocemos de la historia cultural bizantina coetánea lo desacredita con casi igual fuerza. Baste mencionar lo singular del envío de una obra latina. En el Estado bizantino, el latín ya había dejado de ser una lengua viva a inicios del siglo VII d. C.²⁰ Y a mediados del siglo X d. C. sus reductos orientales estaban constituidos por un puñado de latinismos propios sobre todo del lenguaje administrativo y cortesano.²¹

Pero en realidad, el latín nunca fue demasiado popular en la parte oriental del Imperio Romano. Durante la Antigüedad Tardía fue la lengua de la administración y del ejército, pero ni siquiera entonces fue vehículo lingüístico para la cultura. En el siglo VI, su importancia disminuyó aún más. Incluso, se planteó la posibilidad de efectuar en lengua griega la recopilación jurídica justiniana, lengua en la cual, de hecho, se promulgaron numerosas *Novellae* en época de Justiniano.²² Juan de Capadocia, ministro de aquel, abolió el uso del latín en la oficina de asuntos europeos.²³ Bajo Heraclio (610–641 d. C.) el griego pasó a ser la lengua oficial del Imperio, abandonándose también la titulación imperial latina. En adelante, el conocimiento del latín se convirtió en una rareza hasta en los ambientes cultos de Constantinopla.²⁴

De hecho, la esencial obra jurídica patrocinada con posterioridad por León VI (886–912 d. C.) tendría entre sus principales fines desembarazar a la

¹⁹ LEVI DELLA VIDA, *art. cit.*, pp. 292–293.

²⁰ DAGRON, G., «Aux origines de la civilization byzantine: langue de culture et langue d'état», *Revue Historique*, 241, 1969, pp. 23–56. Nigel G. WILSON (*op. cit.*, pp. 81–94) fecha la desaparición del conocimiento del latín en Constantinopla a finales del siglo VI.

²¹ KAHANE, Henry y René, «The Western Impact on Byzantium: The Linguistic Evidence», *Dumbarton Oaks Papers*, 36, 1982, pp. 127–136.

²² FACI LACASTA, Javier, *Introducción al mundo bizantino*, Madrid, 1996, pp. 15–16.

²³ WILSON, Nigel G., *Filólogos bizantinos, Vida intelectual y educación en Bizancio*, Madrid, 1994, pp. 81–94.

²⁴ OSTROGORSKY, Georg, *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1984, pp. 116–120.

legislación imperial del lastre de una lengua obsoleta.²⁵ Y durante el siglo X d. C. un Bizancio bien asentado sobre sí mismo no se dedicó a retomar el latín como lengua de cultura. Antes al contrario, el movimiento purista anti-latinista del siglo X, característico de los niveles sociales más elevados, procuró expurgar los antiguos textos hagiográficos de sus latinismos, reemplazándolos por los correspondientes helenismos.²⁶ En Constantinopla el empleo del latín, a mediados del siglo X, se limitaba a algunos usos ceremoniales y de prestigio.²⁷

Durante la Edad Media, la obra de Orosio gozó de una extraordinaria difusión.²⁸ De ello da cuenta el hecho de que Orosio fuera uno de los escasos autores latinos de la Antigüedad que los árabes tradujeron a su lengua.²⁹ Su enorme popularidad no ha sido óbice para que diversos investigadores hayan apuntado lo improbable del regalo bizantino.³⁰ Pero tal vez convenga ir un paso más allá y aseverar que en realidad, al igual que pasó con Aristóteles en el campo filosófico, fue ese prestigio lo que hizo que bajo el membrete «Orosio» se pusieran obras ajenas a este autor. Como señaló Levi della Vida, es también probable que en la memoria de Ibn Yulyul se combinaran, de manera equivocada, dos episodios acaecidos en Córdoba algunos años atrás, tal vez en un breve intervalo de tiempo: la traducción árabe de las *Historias* de Orosio y la llegada de libros griegos desde Bizancio, entre ellos el Dioscórides.

En este contexto, cabe considerar que la referencia a Orosio es errónea. La historiografía médica en lengua árabe compuesta durante la Edad Media está

²⁵ FACI LACASTA, Javier, *Introducción al mundo bizantino*, Madrid, 1996, pp. 167–168.

²⁶ KAHANE, Henry y Renée, «The Western Impact on Byzantium: The Linguistic Evidence», *Dumbarton Oaks Papers*, 36, 1982, pp. 127–136.

²⁷ KAHANE, Henry y Renée, *art. cit.*; HUXLEY, G. L., «The Scholarship of Constantine Porphyrogenitus», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, Vol. 80C, 1980, pp. 29–40.

²⁸ Sobre los manuscritos que se conocen de la obra de Orosio, véase: ROSS, D. J. A., «Illustrated manuscripts of Orosius», *Scriptorium*, 9, 1955, pp. 35–56; y en especial, BATELY, J. M., y ROSS, D. J. A., «A check list of manuscripts of Orosius *Historiarum adversus paganos libri septem*», *Scriptorium*, 15, 1961, pp. 329–334. El examen y relación de toda la tradición manuscrita, en la edición de Marie-Pierre Arnaud-Lindet: *Orose. Histoires (Contre les Païens)*, París, 1990, tomo I, pp. LXVII–XC.

²⁹ LEVI DELLA VIDA, Giorgio, «La traduzione araba delle Storie di Orosio», *Al-Andalus*, 19, 1954, pp. 257–293.

³⁰ Así, LEVI DELLA VIDA, Giorgio, «La traduzione araba delle Storie di Orosio», *Al-Andalus*, 19, 1954, pp. 257–293; y SIGNES CODOÑER, Juan, «La diplomacia del libro en Bizancio. Algunas reflexiones en torno a la posible entrega de libros griegos a los árabes en los siglos VIII–X», *Scrittura e Civiltà*, 20, 1996, pp. 153–187. En su reciente edición de la traducción árabe de Orosio, Mayte Penelas se muestra igualmente escéptica; véase *Kitab Hurusiyus (traducción árabe de las Historiae adversus paganos de Orosio)*, Madrid, 2001, pp. 27–42.

repleta de tópicos literarios, anécdotas fantásticas y errores bibliográficos,³¹ y parece que la noticia que proporciona Ibn Yulyul sobre este particular, ha de engrosar esa nómina.

Para determinar qué obras históricas pudieron ser enviadas a Córdoba, como presente para los califas omeyas, desde la lejana Bizancio, el camino más seguro pudiera ser examinar cuál era el ambiente historiográfico en la corte bizantina a mediados del siglo X d. C. Dicho de otra manera, qué proyectos historiográficos eran patrocinados en esa época por el remitente griego, que, probablemente, no fue otro que Constantino VII.

Como es sabido, los intereses literarios del Porfirogénito fueron bastante amplios. Los mismos incluyeron el patrocinio y/o confección de obras sobre medicina, geopónica, diplomacia, administración y religión. También, la elaboración de obras históricas.³² En el campo historiográfico, sus actividades pueden dividirse en varios apartados.

Por un lado, al círculo cultural del Porfirogénito estuvieron vinculados diversos cronistas. Uno de ellos fue José Genesios, quien compuso una crónica que abarcaba desde el año 813 d. C. hasta el año 886. Al lado de Genesios, hay que mencionar a los anónimos escritores de *Theophanes Continuatus* I–IV. Estos trabajaron bajo la directriz del propio Constantino, historiando el periodo que iba desde el reinado de León V hasta el acceso al trono de Basilio I en el 867 d. C. El libro V de *Theophanes Continuatus*, también conocido como *Vita Basilii*, era un panegírico del fundador de la dinastía macedónica, el abuelo de Constantino VII, escrito por su propio nieto siguiendo modelos retóricos clásicos, como los proporcionados por Plutarco.³³

Las actividades historiográficas del emperador también se desarrollaron dentro del campo del enciclopedismo. Constantino auspició la confección de una enciclopedia en cincuenta y tres volúmenes, a la que hoy en día

³¹ KUHNE BRABANT, Rosa, «Ficción y verdad en la historiografía de la medicina árabe», *Anaquel de Estudios Árabes*, 11, 2000, pp. 339–354.

³² Una panorámica de conjunto en: LEMERLE, Paul, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X^e siècle*, Paris, 1971, pp. 267–297. Un conciso pero completo resumen de las actividades culturales del Porfirogénito en HUXLEY, G. L., «The Scholarship of Constantine Porphyrogenitus», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, Vol. 80C, 1980, pp. 29–40.

³³ Sobre estas producciones historiográficas del entorno imperial, véase: JENKINS, Romilly J. H., «The Classical Background of the *Scriptores Post Theophanem*», *Dumbarton Oaks Papers*, 8, 1954, pp. 11–30. SIGNES CODONER, Juan, «Algunas consideraciones sobre la autoría del *Theophanes Continuatus*», *Erytheia*, 10, 1, 1989, pp. 17–28; así como «Constantino Porfirogénito y la fuente común de Genesio y *Theophanes Continuatus* I–IV», *Byzantinische Zeitschrift*, 87, 1994, pp. 319–341. SERVENTI, Stefano, «Il Vat. gr. 167, testimone della *Continuatio Theophanis*, e i *marginalia* di un anonimo lettore bizantino», *Aevum*, 75, 2, 2001, pp. 267–302.

denominamos *Excerpta historica*, pero cuyo título original desconocemos. Del texto de los cincuenta y tres volúmenes, apenas conservamos una pequeña parte. La finalidad de esta enciclopedia era moral y práctica. Su contenido, extractos de historiadores griegos de la Antigüedad y del Bizancio temprano. Su método, por completo anti-histórico. Cada uno de los cincuenta y tres volúmenes estaba dedicado a una materia determinada. El primero de ellos, a la proclamación de los emperadores; el vigésimo séptimo, a las embajadas, y así sucesivamente.

Cada volumen contenía los extractos (*excerpta*) de los historiadores griegos que se relacionaban con la respectiva materia. La finalidad perseguida por Constantino era organizar lo que se consideraba la enseñanza de la Antigüedad de manera que fuera más accesible. Pero al distribuir de esa manera sus materiales, alteraba por completo la naturaleza de los extractos insertados en su enciclopedia, al desmembrarlos de su contexto original. Es de reseñar que Constantino, para confeccionar esta enciclopedia moral, mandó buscar por todo el Imperio los manuscritos de los historiadores griegos de los que previsiblemente podían extraerse esos ejemplos.³⁴

Al interés personal del emperador también parece vincularse el copiado de los textos de los antiguos historiadores helenos. Las obras de las viejas glorias griegas no atrajeron siempre la misma atención. Puede tabularse, aún de manera aproximada, el interés que cada género despertaba, tomando como índice el número de copias que fueron efectuadas. Así, tenemos que en Bizancio, a finales del siglo IX d. C., de la literatura clásica atraía sobre todo el *corpus* de filósofos. A caballo de esta centuria y de la siguiente, cobró peso la obra de los tácticos, como Eneas. Y que, al igual que sucede con respecto a otros géneros literarios, es durante la primera mitad del siglo X d. C. cuando los eruditos bizantinos vuelven a mostrar un especial interés por los antiguos historiadores en lengua griega.³⁵

En virtud de criterios paleográficos, se ha ubicado cronológicamente el inicio de este interés por los escritos históricos hacia los años 920-925, tal vez algo más tarde.³⁶ La nómina de historiadores helenos que son copiados durante el siglo X d. C. en Constantinopla incluye a los tres grandes historiadores de la Grecia antigua: Heródoto, Tucídides y Polibio.

³⁴ Una panorámica de conjunto del proyecto, en LEMERLE, Paul, *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X^e siècle*, Paris, 1971, pp. 280-288. Asimismo, véase WILSON, Nigel G., *op. cit.*, pp. 203-207; y HUXLEY, G. L., *art. cit.*

³⁵ IRIGOIN, Jean, «Survie et renouveau de la littérature antique à Constantinople (IX^e siècle)», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 5, 3, 1962, pp. 287-302.

³⁶ DAIN, Alphonse, «La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète», *Dumbarton Oaks Papers*, 8, 1954, pp. 31-47.

Es probable que las empresas enciclopédicas y los códices transcritos en los talleres imperiales fueran considerados, en el entorno imperial, los productos culturales más adecuados para ser empleados, como presentes, en las relaciones diplomáticas con otros Estados. Sea como fuere, es evidente que ambos productos formaban parte de un mismo organigrama de trabajo.

El acentuado gusto de Constantino por las actividades librescas le llevó a ampliar el espacio dedicado en el Gran Palacio a las tareas de conservación de libros. En una fecha incierta, reconvirtió en biblioteca una cámara del edificio conocido como Camilas. Sin duda, con el fin de albergar, entre otros, tanto los códices generados por el escritorio imperial como los manuscritos de los historiadores griegos que mandó buscar por todo el Imperio.³⁷

La biblioteca imperial parece haber estado ligada de manera estrecha a un centro de copia de libros, que trabajaba gracias a esa biblioteca y, a la vez, para ella. Como es lógico, para confeccionar los *Excerpta* los copistas de Constantino tuvieron que disponer de un importante fondo bibliográfico ubicado en Constantinopla, en el que se hallaban reunidos textos históricos, íntegros, hoy en día perdidos o conservados sólo en parte.³⁸ Los mismos incluirían, entre otros, la obra completa de Polibio, de Diodoro Sículo, de Apiano y de Dión Casio. Todos ellos, textos en lengua griega.

Esta vinculación es también perceptible desde un punto de vista codicológico. La tradición textual de los manuscritos de los historiadores griegos, con un formato de 32 líneas por página, muestra una estrecha vinculación con los dos únicos manuscritos originales que se conservan de los *Excerpta*: el *Turonensis* 980 y el *Vat. gr.* 73. Esta similitud remite a un mismo centro de trabajo, dotado con una rica biblioteca y con un taller de copiado, al cual se vincula la empresa enciclopédica de Constantino VII Porfirogénito.³⁹

Podemos hacernos una vaga idea de los historiadores manejados por los copistas de Constantino gracias a las fuentes que emplearon para componer sus *Excerpta historica*, las cuales eran meticulosamente reseñadas al inicio de cada volumen. De los cincuenta y tres volúmenes de que se componía la enciclopedia constantiniana, sólo conocemos las fuentes completas de dos de ellos, y parte de las empleadas para confeccionar otros dos. Aún así, la nómina es impresionante. Los copistas de Constantino dispusieron de las obras históricas (presumiblemente, todas ellas aún íntegras), de Pedro patricio, Jorge el Monje, Juan de

³⁷ LEMERLE, Paul, *op. cit.*, pp. 280–288. HUXLEY, G. L., *art. cit.*, p. 40, n. 57. DAIN, Alphonse, *art. cit.*

³⁸ IRIGOIN, Jean, «Centres de copie et bibliothèques», en *Byzantine Books and Bookmen. A Dumbarton Oaks Colloquium*, Washington, 1975, pp. 17–27.

³⁹ *Ibidem*. La matriz de estas conclusiones se encuentran en dos artículos esenciales del mismo autor: «Pour une étude des centres de copie byzantins», *Scriptorium*, 12, 2, 1958, pp. 208–227; y «Pour une étude des centres de copie byzantins (suite)», *Scriptorium*, 13, 2, 1959, pp. 177–209.

Antioquía, Dionisio de Halicarnaso, Polibio, Apiano, Zósimo, Josefo, Diodoro de Sicilia, Dión Casio, Procopio, Prisco, Malco, Menandro Protector, Teofilacto Simocata, Dexipo, Sócrates, Heródoto, Tucídides, Agatías Escolástico, Arriano, Eunapio, Juan Malalas, Nicolás de Damasco, Jenofonte y Jámblico *eroticus*.⁴⁰ De varios de estos historiadores, sólo conocemos lo recogido en los *Excerpta*.

En total, veintiséis cronistas e historiadores, que abarcan desde Heródoto (siglo V a. C.) hasta Jorge el Monje (siglo IX d. C.), empleados en la confección de menos del diez por ciento de los volúmenes de la enciclopedia. Todos ellos escritores en lengua griega. Hecho significativo: en la nómina aparece un historiador latino que escribió su obra en griego, Dión Casio; pero no está en ella un importante historiador griego que escribió su obra en latín, Amiano Marcelino.

No es descabellado suponer que las obras historiográficas que pudieran enviarse desde la corte bizantina hasta Córdoba a mediados del siglo X d. C. estuvieran relacionadas con este *milieu* cultural, en el cual Orosio brilla por su ausencia. Si bien la confirmación de esta hipótesis siempre dependerá de las evidencias que nos proporcione la documentación peninsular. Esta, no obstante, nos reporta indicios de que la obra que llegó desde Constantinopla hasta Córdoba en el año 337 H., pudo ser un ejemplar de la *Historia Romana* de Apiano, historiador sobre el que se trabajaba por entonces en los escritorios imperiales.

El principal testimonio que sustenta dicha afirmación es la conocida como «prehistoria fabulosa de España» de la *Crónica del moro Rasis*,⁴¹ supuesta traducción del *Ajbār mulūk al-Andalus* de Ahmad al-Razi (889–955 d. C.), que, en su inmensa mayoría, es un resumen romanizado de *Ex tes basilikes* y de *Iberike*, dos de los libros en que se dividía la *Historia Romana* escrita en lengua griega por el historiador alejandrino.

Esa dependencia heurística que muestra la *Crónica del moro Rasis* se percibe ante todo a través de dos hechos. El primero, que la crónica narra los mismos episodios históricos, y en similar orden de sucesión, que se hallan recogidos en los libros sobre la realeza y sobre Iberia de Apiano.

En los capítulos iniciales de la crónica, en los cuales se describe la Península Ibérica y se narra su inicial poblamiento tras el Diluvio (capítulos I–LIII), es donde se percibe un mayor aprovechamiento de otras fuentes, como Justino, Isidoro o el propio Orosio. Se trata de aspectos que son tratados en los dos primeros capítulos de la *Iberike* apiana, pero de manera muy sucinta.

⁴⁰ LEMERLE, Paul, *op. cit.*, pp. 280–288.

⁴¹ CATALÁN, Diego, DE ANDRÉS, M^a Soledad (eds.), *Crónica del moro Rasis, versión del ajbār mulūk al-andalus de ahmad ibn muhammad ibn mūsà al-rāzī, 889–955; romanizada para el rey don dionís de portugal hacia 1300 por mahomad, alarife, y gil Pérez, clérigo de don perianes porçel*, Madrid, 1975.

Aunque, significativamente, la estructura de ambas obras históricas en estos pasajes iniciales también sea similar.

Acto seguido, la historia itálica que nos transmite la crónica romanizada (capítulos LIV–LXI) es la misma que narraba Apiano en su libro sobre la realeza arcaica (*Ex tes basilikes*), el cual no conservamos íntegro, pero del cual conocemos varios resúmenes exhaustivos que muestran la coincidencia.

Tras ello, la crónica castellana desgrana en sus capítulos LXII–LXV una protohistoria peninsular que, en el estado en el que la conocemos, no es más que una versión resumida del resto del libro de Apiano sobre Iberia, es decir, sus capítulos 3–102. No obstante, en algunos puntos el texto de *Iberike* está ampliado con noticias sacadas no sólo de la obra de Orosio y otros escritores latinos, como en la actualidad diversos investigadores ya se han encargado de mostrar, sino también de otros libros de la propia *Historia Romana* apiana.

Al lado de esta similitud estructural, apunta hacia esa dependencia heurística respecto a la obra de Apiano la presencia de abundantes detalles. Así, diversos datos inducen a considerar que el rey Pedro que conquistó la Casa Santa de Jerusalén no es otro que Pompeyo Magno. El triunfo celebrado por este en Roma, tras su conquista de la capital judía, fue registrado por diversos autores durante la Antigüedad. Pero de entre aquellos cuya obra conservamos, tan sólo Apiano cuenta, en *Mithridateios* 113–117, que se trajo consigo lo que parece ser el precedente para la camisa de Adán, la vara de Moisés y el cinto de Alejandro mencionados en el *Rasis*: es decir, la clámide de Alejandro, el cetro de Mitrídates y las joyas de los descendientes de Alejandro.

Asimismo, que en la crónica se diga que lo primero que hizo Avrin (> Aníbal) en España, fue tomar una ciudad (en alusión a Sagunto) que fue llamada Medina Celi, parece basarse en otra noticia, hasta donde sabemos totalmente falsa, que sólo transmite Apiano: que Aníbal, tras tomarla, cambió el nombre a la ciudad de Sagunto. El error en el cual se incurre en la crónica romanizada y en virtud del cual se hace a Aníbal practicar su famoso paso en los Pirineos, no en los Alpes, parece derivar, igualmente, de una peculiaridad del texto de Apiano, quien en su *Iberike* sólo menciona el paso de los Alpes, obviando el de los Pirineos.

Por otro lado, los inmigrantes africanos que se instalan en el mediodía peninsular parecen ser los que Apiano denomina blastofenicios. De estos algún autor más dio cuenta durante la Antigüedad. Pero según al–Maqqari (se supone que siguiendo a al–Razi), el oficial que les condujo hasta la Península se llamaba Batrikus. Y junto con Polibio (a quien hay que descartar, por múltiples razones, como posible fuente), Apiano es el único autor que conocemos que emplea un término griego similar: *boetharcos*. Y además, precisamente, para definir a los oficiales púnicos que mandaban a las tropas africanas que estaban al servicio de Cartago.

Detalles específicos de similar naturaleza, desperdigados por casi toda esta «prehistoria fabulosa» del texto romanizado, muestran la dependencia de la crónica castellana con respecto a la obra histórica de Apiano. Dicha multiplicidad de detalles, junto con la similitud estructural entre sus respectivos contenidos, dejan poco lugar a dudas con respecto a que el texto de Apiano, en una u otra manera, está en la base de esos capítulos iniciales de la *Crónica del moro Rasis*.⁴²

Que Ahmad al-Razi empleara la obra histórica de Apiano constituye a un mismo tiempo algo normal e inaudito. Normal, porque la *Iberike* de Apiano y el libro sobre Hispania contenido en el *Epítome* de Justino son, al menos que sepamos, las dos únicas obras escritas durante la Antigüedad cuyo sujeto histórico es la historia de la Península Ibérica desde su primer poblamiento hasta su conquista por Roma. Un hábil historiador del siglo X d. C. que quisiera hacer una historia peninsular desde sus más remotos tiempos, forzosamente tendría que haber tenido ese texto como piedra angular.

Sin embargo, esa misma dependencia resulta en sí sorprendente porque Apiano fue durante siglos un autor casi desconocido. Prácticamente nadie se molestó en citarlo, más que a título testimonial.⁴³ Y aún así, cuando ello ocurrió fue en todo caso en contextos históricos muy lejanos de la España medieval en cualquiera de sus vertientes. Aún aceptando que aquel que quisiera hacer en el siglo X d. C. una historia de la Península Ibérica tenía en el libro de Apiano, de manera natural, su principal fuente de información, queda en pie la cuestión de cómo podía tener acceso a esa información abundante, compacta y ya organizada.

Aquí, se impone una evidencia: el único sitio en que Apiano era empleado por entonces era en la capital bizantina. Como hemos visto, el texto íntegro de su *Historia Romana* formaba parte de las empresas históricas y enciclopédicas que patrocinaba por entonces Constantino VII Porfirogénito. Esta relativa popularidad de Apiano en la capital griega no tenía paralelo, ni siquiera mediocres secuelas, en ningún otro lugar. Y desde luego, nada induce a pensar

⁴² Un cotejado completo y más detallado de la *Historia Romana* de Apiano y de la «prehistoria fabulosa de España» insertada en la *Crónica del moro Rasis*, en MATESANZ GASCÓN, Roberto, *Omeyas, bizantinos y mozárabes: en torno a la "prehistoria fabulosa de España" de Ahmad al-Rāzī*, Universidad de Valladolid (en prensa).

⁴³ El más reseñable conocimiento directo que tenemos de la obra de Apiano durante la Antigüedad está constituido por dos misérrimos fragmentos de papiro que en conjunto reportan unas pocas líneas. Su descripción puede verse en: BRUNNER, T. F., «Two Papyri of Appian from Dura-Europus», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 25, 2, 1984, pp. 171-175. Es significativo que ya Evagrio, historiador bizantino temprano que decía haberse servido de la obra de Apiano para componer su *Historia Eclesiástica*, en realidad empleara, con casi total seguridad, un epitome hecho por Eustacio de Epifanía, y no al propio Apiano. Sobre este particular: ALLEN, P., *Evagrius Scholasticus, the Church Historian*, Louvain, 1981, p. 239.

(más bien al contrario) que por entonces se tuviera, o se hubiera tenido, algún conocimiento del texto de la *Historia Romana* en la Península Ibérica.⁴⁴

Por otro lado, el contenido de la *Historia Romana* de Apiano convertía a este texto en uno de los productos más idóneos, de todos aquellos surgidos de los escritorios constantinianos, para ser ofrecido como una crónica universal de los tiempos antiguos, que abarcaba desde los tiempos míticos de la antigua realeza itálica y romana, hasta la época de los primeros emperadores romanos.

Se ha propuesto que la sección prehistórica insertada en la *Crónica del moro Rasis* puede ser un añadido de época posterior.⁴⁵ Sin embargo, a los problemas implícitos en la propuesta, los cuales su mismo autor señala, habría que añadir en tal caso otro: por qué vías tuvo el autor de esa sección de la crónica conocimiento de la *Historia Romana* de Apiano, que hasta el Renacimiento no volverá a ser conocida por los eruditos de la Europa occidental, y traducida al latín por Pier Cándido Decembrio. De manera significativa, el contacto cultural que mejor explica esa súbita aparición apiana en la *Crónica del moro Rasis* es precisamente la embajada bizantina del año 337 H. Pues si el libro llegó a Córdoba hacia el año 948–949 d. C., al-Razi (muerto en el año 955 d. C.) pudo emplearlo, a lo largo de varios años, para confeccionar su historia de los reyes de al-Andalus.⁴⁶

No es estrictamente necesario que la obra de Apiano llegara hasta Córdoba junto con la embajada bizantina del año 337 de la Hégira. Pudo, dentro de un contexto más general de intercambios culturales entre las capitales omeya y macedónica, llegar en algún otro momento.⁴⁷ Pero si, con el fin de evitar la

⁴⁴ En general, véase BRAVO GARCÍA, Antonio, «Aspectos de la cultura griega en la Península Ibérica durante la Edad Media», *Euphrosyne*, 17, 1989, pp. 361–372.

⁴⁵ MOLINA, Luis, «Sobre la procedencia de la historia preislámica inserta en la Crónica del moro Rasis», *Awraq*, 5–6, 1982–1983, pp. 133–139.

⁴⁶ A mi juicio, casi no hay base alguna para conceder crédito al mito historiográfico, defendido por Claudio Sánchez-Albornoz, de la «compilación histórica mozárabe». Si exceptuamos el compendio de historia universal descrito por el profesor Levi della Vida, así como la *Pseudo-Isidoriana* (que no es seguro que sea obra de un mozárabe), textos ambos que aparentan ser posteriores a la época en que compuso su obra histórica Ahmad al-Razi, la historiografía mozárabe que conocemos muestra un evidente desinterés por todo lo que no sea algo más que historia contemporánea o a lo sumo no muy lejana en el tiempo. Hasta donde sabemos, ningún mozárabe, en los siglos VIII, IX o X d. C., se preocupó por hacer «historia antigua» de la Península Ibérica. La propia dominación visigoda es objeto de exposición solo en su etapa final. Ni siquiera volviendo la mirada hacia la historiografía generada en los reinos cristianos septentrionales (se supone que con el concurso, directo o indirecto, de emigrantes mozárabes) encontramos algún tipo de interés por la protohistoria peninsular que nos mueva a pensar que los mozárabes se preocuparon en absoluto por esa materia. Y mucho menos que tuvieran conocimiento de la obra de Apiano, o incluso de la propia lengua griega. En general, sobre todos estos aspectos, MATESANZ GASCÓN, Roberto, *op. cit.*

⁴⁷ Ya que, como pone de manifiesto la carta editada por STERN, S. M., «A letter of the byzantine Emperor to the court of the Spanish Umayyad caliph al-Hakam», *Al-Andalus*, 26, 1,

proliferación de hipótesis, aplicamos el principio de la navaja de Ockham, podemos plantear que Ibn Yulyul erró⁴⁸ al referir que el libro llegado desde Constantinopla junto con la *Materia Médica* fue el texto orosiano, y que en realidad el envío bizantino pudo incluir la *Historia Romana* de Apiano de Alejandría.

Médico de profesión, el principal interés de Ibn Yulyul radicaba en explicar cómo los médicos andalusíes pasaron a disponer de un original griego de la *Materia médica* y de cómo y quienes consiguieron explorar su contenido. La mención al libro de Orosio es una mera nota de color, en buena medida tangencial a los intereses del médico cordobés, autor de textos cuyos títulos muestran cuáles eran sus inquietudes literarias.⁴⁹

Parece claro que no podemos conceder el mismo nivel de verosimilitud a todo el relato de Ibn Yulyul. Y que en concreto, lo que se refiere a la llegada del Orosio desde Constantinopla no merece mayor crédito; dado que, por una parte, el médico cordobés no estaba especialmente interesado en cuestiones historiográficas, y por otra parte, lo que narra se halla en clara contradicción con casi todo lo que conocemos de los contextos culturales andaluces y bizantinos coetáneos.

Por tanto, considerando que Ibn Yulyul se equivocó al atribuir a Orosio el libro enviado por Constantino VII (quizás, influido por la repercusión que tuvo la traducción árabe de las *Historias* realizada en Córdoba), podemos postular que las fechas y el resto de las circunstancias que transmite con respecto a la legación bizantina, son correctas. Que la traducción de la obra de Orosio pudo ser realizada antes del año 337 H., como parece ser que se hizo, con la participación de Qasim b. Asbag y a partir de un códice hispano. Y podemos, también, desechar la posibilidad, anómala e inexplicable, de que un texto latino fuera enviado desde la corte bizantina hasta Córdoba. Así como podemos, por último, explicar la sorprendente aparición en la *Crónica del moro Rasis* de una original prehistoria peninsular que recuerda, ante todo, el contenido de amplias secciones de una *Historia Romana* de Apiano que, para ser utilizada por Ahmad al-Razi, tenía que estar disponible en al-Andalus algún tiempo antes de la muerte de este en el año 955 d. C.

1961, pp. 37–42, años más tarde seguían llegando libros griegos desde Bizancio hasta la capital de al-Andalus.

⁴⁸ Bien fuera por el prestigio de la obra orosiana, frente al nombre de un oscuro escritor alejandrino del que poco, si acaso algo, se sabía en el mundo árabe; por haber asociado erróneamente dos episodios culturales de gran repercusión en al-Andalus que se sucedieron en un breve lapso de tiempo, como pudieron ser la traducción del Orosio y la llegada desde Bizancio del Dioscórides; o por una combinación de estos factores.

⁴⁹ Todos ellos se relacionan con cuestiones médicas y farmacológicas. Su relación y descripción, en VERNET, Juan, *art. cit.*, pp. 448–450; y en ARJONA CASTRO, Antonio, *art. cit.*